

Carlos Calixto

Rilke y el panteísmo



Leambular de la gente por la calle, tiene un gran parecido con el agua que marcha por el cauce retorcido de un río: se curva en meandros, desaparece y vuelve a aparecer, para seguir en su eterna inquietud. El agua estancada y tersa de un lago, de una laguna o de los charcos que se forman en los caminos pobres, no es agua sino cristal o espejo por el que las nubes, los árboles y los pájaros intentan penetrar filosóficamente en el fondo de la tierra, tal vez atraídos por la fuerza del origen común de todo lo creado. Es sorprendente observar como el rebaño humano va y viene por las calles céntricas de las grandes ciudades. Se chocan y ocultan unas personas con otras, se mezclan en formas y colores hasta quedar como una gran mancha movible en la que cada cual pierde su individualidad, se ensancha y se estrecha ésta, pero siempre sigue, nunca se remansa.

Hay momentos en los que inevitablemente hemos de preguntarnos: «¿Dónde irán; cuál es su fin?»

Cuando las ciudades duermen y las calles descansan en solitaria meditación, podemos escuchar la respuesta: «Hacia la quietud. Todos pararán al fin».

Es mucho más agradable caminar por las calles desiertas, por esas calles en las que podemos disponer de toda la acera y, sin dificultad, mirar al frente a uno y otro lado, según convenga a nuestra intención. En ellas no hay posibilidad de que inclinemos la cabeza ante una persona que hemos confundido con otra conocida, ni nos será fácil esquivar el encuentro con alguien que hemos divisado y que forzosamente ha de cruzarse con nosotros. Son calles sinceras por las que cada uno debe marchar con su personalidad. Para evitar tales encuentros, sólo hay una solución: pasar a un comercio en el que nada hemos de comprar, o retroceder fingiendo una distracción u olvido. Hace unos días me encontré yo en este caso. Iba por una calle casi solitaria y había divisado a un conocido con el que no deseaba encontrarme. Mi estado de ánimo no era adecuado para soportar los problemas que sin duda echaría sobre mí, y opté por pasarme a una librería de libros usados, que era el comercio más próximo y también el más conveniente.

Perdido en un gran montón de libros desordenados, hallé, nostálgico y sucio, el maravilloso libro de Rainer María Rilke, «Historias del buen Dios», comprendí que era el destino o el libro en funciones de

imán lo que me había llevado hasta aquella revuelta y sucia librería y no el incidente de esquivar el encuentro con la persona que se me acercaba. Apreté el libro con la mano, cual tesoro hallado inesperadamente, y decidí comprarlo, aunque lo había leído y releído repetidas veces. Sólo un precio elevadísimo me habría obligado a dejarlo nuevamente en aquel revuelto de pastas descoloridas, de cantos rozados, de títulos y de autores. No había que temer tal cosa. Cuando pregunté, el librero, mirando el libro por la parte superior de sus anteojos y a mí por encima de ellos, me contestó: «Veinte pesos». Se los dí, y dejé la librería diciéndome con profunda pena: «¡Pobre Rilke! ¡Pobres libros viejos!» Esto me reafirmó en mi antigua idea: Cuando voy a una de esas librerías, nace en mí un espíritu de conquista o de rescate. Me da la sensación de que los libros están allí esperando que una mano cariñosa y comprensiva los saque de ese mundo de muerte, polvoriento y turbio, mundo en el que esperan como presos o ancianos de asilo, o tal vez como mendigos acurrucados en la espera, sin atreverse a extender la mano en demanda de una limosna, de su necesaria limosna.

Por la noche, cuando cogí el libro para adentrarme una vez más en sus bellas páginas, me dí cuenta que con los veinte pesos no sólo había adquirido las trece maravillosas historias del buen Dios, sino también muchos buenos recuerdos de lejanos días, de días tristes y alegres pasados en mi patria, recuerdos que, situán-

dose frente a mí, pasaban, repasaban, se precipitaban unos sobre otros y dilataban mi cerebro en fiebre. El sueño me rindió y el libro de Rilke quedó entreabierto al borde de la cama. Sólo al día siguiente, cuando me desperté, pude leer algunas de sus historias. Me detuve a meditar sobre la titulada «De un hombre que escuchaba las piedras», y ella me sugirió este comentario:

Después de una breve definición poética de la primavera, del estío y del otoño, alguien se dirige a un paralítico para decirle:

«La primavera perceptible a Dios no es la que se despliega en árboles y praderas, sino, en todo caso, la que se hace patente en los hombres, porque entonces transcurre, por decirlo así, no en el tiempo sino en la eternidad y en la presencia de Dios».

Se ha dicho de Rilke, con gran insistencia, que su vida estuvo consagrada a buscar y reconocer a Dios. Muchos han sido los que han hablado de su concepción panteísta, y hasta recuerdo que cuando se publicaron las «Historias del buen Dios» en España, llevaban adjunta una pequeña hoja de color naranja en la que, entre otras cosas, se decía esto: «... Extraviado de la verdadera senda religiosa, profesando un culto sentimental y poético a las verdades de la religión católica—aquella en que se había formado—erró insaciablemente en busca de Dios. Le concibió de una manera vaga, que se aproxima a la panteísta; por lo

cual sean, quizás, estas historias propias para gente madura».

Claro está que esta reseña no es otra cosa que una tímida prohibición por parte de la censura eclesiástica y no un juicio sacado del concienzudo estudio de su obra.

El panteísmo es muy antiguo; no es exclusivo de los teósofos y de los sufís. Ciertos sabios de Grecia lo admitían, y Aristóteles dijo: «La Verdad simple es todas las cosas, pero no es ninguna de ellas». O sea que para los adeptos del panteísmo la Existencia Real es semejante al mar y todas las criaturas son como las olas, dando lugar a las innumerables formas de la Existencia Real. Igualmente comparan esta teoría a la de la unidad en relación con la infinitud de los números; la unidad se refleja en los grados de los números infinitos, porque los números son la repetición de la unidad.

Los teósofos y los sufís se dividen en dos ramas. Una compuesta de la masa que simplemente por espíritu de imitación admite el panteísmo sin comprender la intención de sus respetables sabios; porque la mayoría de los sufís creen que la significación del ser es la existencia general, tomada substancialmente; la que está comprendida por la razón y la inteligencia de todos; es decir, que el hombre la comprende. Por el contrario, esta existencia general es uno de los accidentes que penetran la realidad de las criaturas, y las cualidades de las criaturas son la esencia misma; y

ciertamente, lo que es la esencia es superior al accidente, porque la esencia es principio y el accidente es consecuencia; la esencia depende de sí misma y el accidente depende de la esencia. De otro modo: Dios sería la consecuencia de la creación, tendría necesidad de ella y ésta sería independiente de El.

Por ejemplo, cada vez que los elementos aislados se combinan conforme al sistema universal, una criatura entre las criaturas viene al mundo. Es decir, cuando los elementos se combinan, esa combinación produce una existencia mineral, vegetal o animal. En este caso, la existencia de las cosas es la consecuencia de su realidad. ¿Cómo podría ser que esa existencia que es un accidente y necesita de una esencia de la que depende, fuera el autor de todas las cosas?

Pero los sabios iniciados, teósofos y sufís, que han estudiado este asunto, piensan que hay dos categorías de existencia. Una es la existencia general que es comprendida por la inteligencia humana. Esto es un fenómeno, un accidente entre los accidentes y la realidad de las cosas es su esencia. Pero el panteísmo no se aplica a esta existencia general e imaginaria sino únicamente a la Verdadera Existencia, libre y exenta de toda interpretación. Y es ella la Unidad por la que todas las cosas han venido al mundo: la materia, la energía y esta existencia general que es comprendida por la mente humana. Tal es la verdad sobre este asunto según los teósofos y los sufís.

En resumen, sobre esta teoría que consiste en que

todas las cosas existen por la Unidad, están de acuerdo los filósofos y los profetas, pero hay entre ellos una diferencia. Los profetas dicen: «La Sabiduría Divina no necesita de la existencia de las creaturas, mientras que la ciencia de la creatura necesita de cosas conocidas. Si la ciencia de Dios tuviera necesidad de cualquier otra cosa, sería la ciencia de la creatura y no la de Dios. Porque lo eterno es diferente de lo fenomenal, es decir, su contrario».

Si la Existencia Real por la que todas las cosas existen, es por todos admitida, la diferencia está en que mientras los sufís dicen: «La realidad de las cosas es la manifestación de la Unidad Real», los profetas manifiestan que «Ella emana de la Unidad Real», y grande es la diferencia entre la manifestación y la emanación.

La aparición por manifestación significa que una cosa única aparece en infinitas formas. Por ejemplo, la semilla que es una cosa única poseyendo las facultades y perfecciones vegetativas, cuando se manifiesta, se resuelve en ramas, flores y frutos. En cuanto a la aparición por emanación es cuando la Unidad Real permanece y subsiste en la altura de su independencia. Se le puede comparar al sol, del que emana la luz que se esparce sobre todas las cosas, permaneciendo él en su altura sin descender, sin resolverse en formas luminosas, sin aparecer en la sustancia por la especificación o la individualización. Lo eterno no llega a ser fenomenal.

Resumiendo, los sufís admiten a Dios y a la creatura, pero dicen que El se ha resuelto en las formas infinitas de los seres, que se ha manifestado como el mar que aparece en las formas infinitas de las olas; estas olas imperfectas y fenomenales son la misma cosa que el Mar eterno. Ahora bien, si lo eterno se encadena en las formas fenomenales y la pura potencia desciende hasta el aspecto de la debilidad, según los límites de las contingencias, esto es un error evidente.

Notemos que la realidad del hombre que es la más noble y perfecta de las creaturas, no desciende a la realidad del animal, la esencia del animal no desciende al grado vegetal, y la realidad del vegetal, que es su poder de crecimiento, no desciende a la realidad del mineral. Si la realidad superior no desciende ni se abate en grados inferiores, ¿cómo puede ser que la realidad universal de Dios descienda desde su perfección absoluta a las formas de las creaturas que son la fuente de las imperfecciones?

La concepción religiosa de Rilke no es panteísta. Pretender llevarla a ese extremo es quedarse en la superficialidad de su obra sin penetrar en su profundo pensamiento.

Refiriéndonos al trozo citado anteriormente, ¿no está claro que en él se establece, a más de una total independencia de Dios y del hombre, la gradación de perfecciones que existen en las contingencias, situando al ser humano en la cima de todas ellas? ¿Dónde hallar ese sentido panteísta que le atribuyen? Y si segui-

mos leyendo en esa misma historia, hallamos: «Los cielos se habían despejado en toda su amplitud sobre Italia, de suerte que en Roma estaba Rafael de rodillas, y el Beato Fra Angélico de Fiésolo, desde una nube, se regocijaba en él. Muchas oraciones se encontraban de momento en el camino de la tierra al cielo».

¿No está también marcada aquí la independencencia de Dios con el hombre? Lo que sí hay en este trozo es un concepto nuevo de oración. No es ésta la repetición de palabras o formas preestablecidas o prescritas; no. El hombre que ejecuta cualquier trabajo o actividad con amor y espíritu de servidumbre está orando en el más alto sentido de la palabra. El hombre en actividad, por tanto, se halla en el estado perfecto. Por algo se ha dicho que los mártires cooperan en la redención y los poetas en la creación.

Descubrir la esencia de las cosas, poner en un plano visible las realidades intelectuales que no tienen existencia visible, dotar de una vida estética y emocional a seres inferiores de la creación, elevarlos a la categoría de Arte, no es descubrir en ellos a Dios, sino a sus atributos o perfecciones que son cosas muy distintas.